

De palos, yerbas y otros mates

JULIÁN SERPA :: 04/01/2014

e calcula en un 80% el trabajo en negro en la cosecha de yerba, gracias a la tercerización de la actividad con la figura del contratista

“En medio siglo la industria yerbatera no ha invertido un centavo en propaganda eficaz, en investigación. La Comisión de Propaganda de la CRYM es inoperante, con un presupuesto inferior a los cuarenta millones anuales. Para competir con otras infusiones y bebidas, el mate necesitaría un presupuesto publicitario diez veces superior, nada exagerado si se piensa que el mercado de consumo asciende a diez mil millones.”

Rodolfo Walsh, “La Argentina ya no toma mate”, 1966

¿Dulce o amargo?, inconfundible. Solos, acompañados, entre amigos y desconocidos. En el parque, en el trabajo, en el hogar y en el camión. El mensú. Bajo la lluvia, bajo el sol. Para estudiar, para pasar el rato. El Urú. Los guardianes del museo de la cárcel del fin del mundo de Usuahia y los carcelarios de todas las cárceles del país. Caa-matí. En el corte de Chilecito contra la megaminería, en la cordobesa Malvinas Argentinas contra la salud transgénica, en todos los pueblos y ciudades costeras del río Uruguay caminando una semana la ruta 14 contra la energía de las megarepresas. La gurisada. Para hablar con alguien, para pensar solo. El reviro. Que me quemo o que está tibio, intomable. La ponchada. A la paraguaya, fríos tereré de yuyos y raíces, a la argentina, fríos tereré de jugo en verano. A la uruguaya, con montañita, a la brasilera, con café.

En Misiones se cultiva el 90% de la producción total de hoja de yerba mate, quedando el restante 10 para Corrientes. El 60% de las 28.000 explotaciones agropecuarias de la provincia de la tierra colorada se destina a asegurar la costumbre más arraigada del país, tomar mate. Misiones atraviesa un año verborrágico que parece no fue contado a la presidente Cristina Fernandez cuando la visitó a fin de Septiembre para anunciar un paquete de obras de la Entidad Binacional Yaciretá. Parece ser, ya que no hizo mención alguna en su discurso, que no se enteró de la subida del río Paraná que inundó cientos de hectáreas y hogares, de la violación y femicidio de Taty Piñeiro en manos de chicos hijos del poder, de la expropiación de 600 hectáreas por productores independientes de Puerto Piray en manos de Alto Paraná S.A., de la escandalosa manipulación de datos para dar cuenta de la desnutrición infantil, de la marcha provincial de cinco días que unió Garabí-Posadas exigiendo ríos libres ante el avance del negocio de las represas, del vuelco del camión que dejó ocho trabajadores tareferos sin llegar al yerbal, ni a sus hogares.

Tarefa es el viejo oficio de cosechar la hoja verde, tarefero quien lo realiza. Cuentan los viejos pobladores que tarefa viene de tarifa, y que los tareferos son ahora los que antes eran los mensúes: aquellas personas de tez ensolada y manos curtidas que tienen como hogar más al yerbal del patrón (desconociendo quién es) que a su propia casa. Hombres, mujeres, niños; el camión que los transporta, y el contratista que los lleva, no distinguen edades.

Originariamente planta silvestre, la “caa-matí” (yerba mate, en guaraní) sirvió de alimento básico para los nativos del nordeste argentino, para luego ser estimulado su cultivo oficialmente a partir de 1953, cuando se autoriza la ampliación del cultivo libre de impuesto.

Hoy, la yerba mate es la tercera actividad económica de la provincia, detrás de la construcción y la agro-industria forestal. De las 200.000 hectáreas destinadas a su cultivo, la mitad está degradada, y con todo, en 2012 se llegaron a los 716 millones de kilos cosechados de hoja verde, que se redujeron en la elaboración a 245 millones de kilos de yerba mate a salida de molino para el mercado interno, que abarca al 98% de los hogares del país según estudios del INYM (Instituto Nacional de la Yerba Mate).

De estos largos números poco saben ellos, los tareferos. En cambio, qué se les va objetar sobre el corte y quiebre de la rama, de apilar hojas y armar bolsones, raídos, de hasta 100 kilos y más. Sus cuerpos les delata los años acumulados de rocío mañanero hasta las rodillas; las mismas escarchas que cubren los arbustos de yerba y té, tornan tiesas sus manos, húmedos sus pies; su posición constantemente encorvada les vuelven frágiles sus huesos y caderas. Aún así, bajan rapidito del camión que los recolectó en sus casas a las 5 de la madrugada y les dejó en el yerbal. Bajan con la panza caliente de esos primeros mates que despierta a todos por igual en los tablones del carruaje, que en unas horas estará colmado y repleto de raídos prolijamente acomodados, que a su vez harán de asientos para la vuelta de los trabajadores temporarios. Pero recién llegaron y van armando sus ponchadas - las bolsas donde se acumulan las hojas que, una vez colmadas, se atan en nudos sus extremidades y pasan a ser raídos- , mientras en las casas de la ciudad se preparan los primeros mates antes de salir a trabajar.

Lucas, que está esperando a cumplir 18 el año que viene para casarse, imaginó alguna vez ser albañil, pero ahí está, rodeado de hojas, activo, con una ligereza de brazos propia de quien sabe lo que hace. Distinto de sus compañeros de cuadrilla más grandes, se mantiene en silencio, con su mirada fija que penetra las nubes para limpiar al fin el cielo y empezar a secar sus ropas. Apenas le desconcierta los gritos de los demás, que se comunican con los famosos sapucay para llamarse entre los arbustos de hoja verde. No esperan a que se ponga el sol para empezar, apenas bajan del camión ya están cortando con sus tijeras las primeras ramas repletas de hojas mojadas para armar un montón en el suelo y separar después a mano las hojas del palo.

Siendo el más joven de esta cuadrilla de 16 trabajadores, Lucas es también el que más va a tener que esperar para jubilarse, si es que algún día le llega. La ley exige 25 años de aportes para la jubilación del tarefero; siendo que la zafra es cada seis meses, deberían llegar a los 50 años de edad con el lujo de haber trabajado en blanco toda su vida. Traducido a la realidad tarefera, imposible.

Se calcula en un 80% el trabajo no registrado, en negro, en la cosecha de yerba, implicando una estafa al fisco por evasión de impuestos de 54 millones de pesos, que se ahorran las grandes empresas del sector gracias a la tercerización de la actividad con la figura del contratista. El contratista es el intermediario directo entre las empresas, los colonos o las cooperativas, y los tareferos. Él es el encargado de armar su grupo de trabajadores, de los

que luego utilizará sus kilos de hoja cosechados para venderlos y quedarse con la mitad de su trabajo.

La desregulación del mercado yerbatero a comienzos de la década del '90 de la mano de Menem, Cavallo y Ramón Puerta (presidente del país y representante de la oligarquía yerbatera), a través de la disolución de la Cámara Reguladora de la Yerba Mate (CRYM), significó un notable incremento de la concentración de la producción en pocas manos: el 90% de ella se redujo a Las Marías (Taragüí), Molinos Río de la Plata (Nobleza Gaucha), Hreñuk (Rosamonte) y La Cachuera (Amanda), entre otros. Leña al fuego.

La otra cara de la misma moneda significó un profundo estancamiento de la vida tarefera: sus casas siguen siendo de tablones de madera sobre la tierra, sus baños siguen siendo con pozo ciego y el crecimiento de la gurisada sigue siendo entre mate y reviro, esa comida de campamento en el yerbal: harina, agua, sal y aceite. Masa al fuego.

Esta precarización extrema, reconocida “naturalmente” por todo el sector yerbatero y “oficializada” por el INYM por su inacción, no solo permite que los trabajadores sigan sin uniforme ni herramientas adecuadas, sino que permite también que los tareferos comiencen la zafra en marzo sin un precio fijo para la materia prima. En el yerbal, no saben cuánto cuesta su trabajo. En las oficinas con aire acondicionado, sin ramas que esquivar, discuten empresarios y gobierno todavía el precio de la tonelada de hoja de yerba, o sea el salario tarefero, o sea la renta patronal. Pasados cinco meses de interzafra (Octubre-Febrero), sin haber percibido mayores ingresos que algunas changas de oficio, esperan ansiosos el comienzo de la tarefa.

Lucas asegura que hace cuatro raídos al día, casi 400kg, entre las 6 de la mañana y la 1 de la tarde, hora en la que el camión que los llevó carga todos los bolsones para llevarlos al secadero, galpón donde se descarga toda la cosecha del día y unas cintas transportadoras la inserta en los hornos de ladrillo a casi 100 grados, bajo la vigilia del urú -tarefero versión secadero: no cosecha yerba pero la quema, estando mitad del día a temperaturas inaguantables. Lucas no conoce lo que es un recibo de sueldo, ni a quién llamar por el dolor de cuerpo. Él no va a la escuela, y lo que gana al día (alrededor de \$50 por raído) lo guarda para el fin de semana, sin saber todavía qué hará para descansar. Lo que sabe, y lo que espera desde temprano en el yerbal, es que llega de vuelta a su casa después de doce horas y lo recibe Angie, su futura mujer de igual edad que él, con unos buenos mates, dulces, como a él le gustan.

ANRed

<https://www.lahaine.org/mundo.php/de-palos-yerbas-y-otros-mates>